

Manuel le escuchaba con atención mientras su concepto de aquel tipo ganaba puntos por momentos.

- Y luego está lo de la llave... Existe una tradición en esa familia: los varones reciben al nacer una llave de la iglesia. Es una llave de plata, con forma de cruz e incrustaciones de piedras preciosas. Es un símbolo que recuerda su tradición como dirigentes activos del clero: por lo visto provienen de una larga estirpe de mandatarios religiosos, el propietario original del pazo fue un ilustre prior de la zona...

Aquella mañana, la iglesia estaba cerrada. Me llamó la atención que, dado el estado que se le suponía al chico cuando salió de allí, se hubiese entretenido en cerrar la puerta con llave, pero resulta que cuando registramos el cuerpo no la encontramos. Recorrimos minuciosamente todo el camino desde la entrada del templo hasta el lugar donde apareció el cadáver, incluso utilizamos un detector de metales para buscarla entre la hierba. No estaba.

- Alguien cerró la iglesia y se llevó la llave.

- Los hermanos quedaban descartados. No necesitaban coger la llave: cada uno tenía la suya, con sus iniciales grabadas, como una joya, y no tuvieron inconveniente en mostrárnoslas.

- Y sólo había tres...

- Cuatro. El viejo marqués fue enterrado con la suya, otra de sus tradiciones de mierda. Imagino que el crío pequeño recibiría la suya al nacer, pero entonces sólo existían las de los hermanos. Hablamos también con su amigo el cura, que se supone que fue el último en verlo con vida. Nos dijo que le escuchó en confesión y después charlaron un rato. Se acogió al secreto y se negó a contarnos la naturaleza de la conversación, pero dijo que no pensó en ningún momento que fuera a suicidarse... Y así es como oficialmente el chico murió de una sobredosis al no poder soportar la pena por la muerte de su padre..., poniendo de nuevo de manifiesto el trato de favor a los Muñiz de Dávila en un asunto que, cuando menos, arrojaba bastante incógnitas y en el que una vez más se optó por dejar las cosas como estaban.

- ¿Y por qué? ¿Qué objetivo tendrá que alguien hubiera trasladado el cuerpo después de muerto? ¿Cree que quizá quisieron enmascarar el modo en que murió para lavar la imagen del hijo drogado?

Nogueira no tuvo que pensarlo.

- No, qué va. Lo de que Fran era toxicómano lo sabía todo el mundo en la comarca y créame que era algo que de algún modo los humanizaba.

Manuel hizo un gesto de no entender.

- Mire, en los años ochenta y noventa, miles de jóvenes gallegos cayeron en la droga. Los clanes de narcos eran los dueños de Galicia. Era rara la familia que no tuviera un hijo metido, incluso más de uno... fue una auténtica tragedia que aún perdura. Todos los días encontrábamos a chavales muertos de sobredosis, esa mierda estaba por todas partes, como una plaga, y un chico rico, vividor como Fran, era una mina para un camello. El hecho de que uno de los hijos de los marqueses también hubiese caído en la droga les granjeó las simpatías de muchos, esa especie de consuelo de pensar que el dinero no te libra de la desgracia; ya sabe, los ricos también lloran: una especie de justicia divina que compense un poco de las cosas.

Manuel asintió.

- ¿Entonces?

- Está claro que el chaval seguía en la mierda por mucha clínica de rehabilitación que pagasen, estaba pasando un mal momento y recayó. Pero coincidía con la novia en que no iba a suicidarse. Lo más seguro es que sólo buscase un poco de evasión, hacía tiempo que no se chutaba y se le fue la mano. Probablemente murió dentro de la iglesia. Se inyectó y se desmayó. La superficie torneada del reclinatorio de los bancos encaja bastante mejor con el golpe que presentaba en la frente... Y después, vaya usted a saber, puede que un familiar, aunque lo más probable es que ni siquiera tuviera que mancharse las manos, o un empleado, puede que el guardés, alguien de confianza, encontrara el cuerpo, y entonces supo lo que había que hacer.

- Pero ¿por qué? ¿para qué?

La rabia en la voz de Nogueira rompió definitivamente las barreras que la contenían.

- Ya se lo expliqué, porque en su puta familia no hay yonquis, ni puteros, ni violadores y, si los hay, procuran que las cosas se vean siempre desde el lado más bonito, y lo peor es que ni siquiera tienen que pedirlo; ha sido así durante siglos y así continúa. Son los Muñiz de Dávila, hay que hacerles el favor, hay que evitarles el dolor, la ignominia y la vergüenza, por no hablar del sacrilegio que supone encontrar al hijo drogado muerto de sobredosis dentro de una iglesia. Ésa es la clase de cosas que a ellos no les pasan; sin embargo, el hijo destrozado por el dolor, muerto sobre la tumba de su padre, tiene algo de poético, y ellos son así, poseen esa rara habilidad para salir relucientes de entre la mierda que nos sepultaría a los demás.